



EVANGELIO DE LA DOMINICA

Fué llevado Jesús al desierto por el Espíritu Santo, para ser allí tentado del diablo. Y habiendo ayunado cuarenta días y cuarenta noches, después tuvo hambre. Y llegándose a El el tentador, le dijo: Si eres Hijo de Dios, dí que estas piedras se conviertan en panes. Mas Jesús le respondió y dijo: Escrito está: No de sólo pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios.—Entonces le transportó el diablo a la santa ciudad, y púsole sobre el pináculo del templo, y le dijo: Si eres Hijo de Dios, échate de aquí abajo, porque escrito está: Que mandó a sus Angeles cerca de tí, y te tomarán en sus manos para que no tropiece tu pié contra alguna piedra. Jesús le dijo: También está escrito: No tentarás al Señor tu Dios.—De nuevo le subió el diablo a un monte muy alto, y le mostró todos los reinos del mundo, y la gloria de ellos, y le dijo: ¡Todo esto te daré, si prosternándote me adorares! Díjole entonces Jesús: Vete de aquí, Satanás! porque escrito está: Al Señor tu Dios adorarás, y a El solo servirás. Entonces le dejó el diablo: y he aquí que los Angeles se acercaron y le servían.

Para triunfar en las tentaciones

El momento que nos narra el Evangelio de hoy no forma parte de la vida pública de Jesús. La escena se desarrolló sin testigos. Fué una lucha entre Jesús y Satán. El Divino Maestro, tuvo empero en cuenta que el episodio podía proyectar alguna luz sobre su ministerio, lo reveló a sus discípulos. Y, en efecto, en la tentación de Jesús aparece claramente su condescendencia, la realidad de su naturaleza tan semejante a la nuestra, y la ejemplaridad de su resistencia y esfuerzo para vencer al enemigo. Es un hecho cierto que el demonio nos acecha con tentaciones frecuentes y formidables. Pero también es innegable que si caemos es porque ponemos algo o mucho de nuestra voluntad. Y aquí está la gran enseñanza que nos da Jesús al ser tentado: la firmeza en la resistencia cuyo resultado es la victoria final. Esta victoria, en el caso que nos ocupa, puede considerarse como una figura del triunfo indefectible del reino de Dios que El venia a instaurar sobre las maniobras incesantes de Satán. En efecto han pasado los siglos y la Iglesia integrada por hombres sujetos a todas las miserias, permanece incólume y fiel a la misión que le señaló su divino Fundador.